

y á fijar el limite temporal en que se contendrian los ejércitos beligerantes. Se querian marchar al golpe, mas les detuvo Mr. de Flahaut induciéndoles á pedir nuevas instrucciones, y prometiendo obrar de igual modo. Al fin consintieron en permanecer en Lusigny á condicion de escribir de seguida á los dos cuarteles generales en solicitud de las nuevas instrucciones.

Aun hallándose Napoleon firmemente resuelto á no desistir de las fronteras naturales, y llevado de esta mira no quisiera interrumpir la carrera de sus triunfos, á menos de asegurarse las bases de Francfort, no se podria mostrar indiferente á la ventaja de concluir un armisticio, que equivaliera á la signatura de los preliminares de la paz y aplacaría por un momento las vivas pasiones solevadas en su contra. De consiguiente renunció al preámbulo de insercion difícil en un simple armisticio, y se avino á continuar los parlamentos, á tal de que por un rodeo tornara á sus fines. Por ejemplo, si determinando los limites que debian separar á los dos ejércitos, lograba que los aliados le dejaran Amberes á la parte de los Países Bajos, y Chambery á la parte de Saboya, de esta concesion sacaria una presuncion fortísima para el arreglo definitivo de las fronteras. Asi autorizó á Mr. de Flahaut para proseguir la negociacion entablada en Lusigny, sin que la mencion de las bases de Francfort en el preámbulo fuera otorgada, si bien á condicion de que los ejércitos enemigos retrocedieran en los Países Bajos hasta mas allá de Amberes, y de que en Saboya se mantendrian fuera de Chambery, de donde estaban ya muy cerca. Si esta línea de demarcacion era aceptada por los

comisionados enemigos, ya conseguia asi una presuncion á favor de las fronteras naturales, que, sin equivaler á las bases de Francfort, casi implicaba su aceptacion de hecho.

A tenor de estos datos debia seguir Mr. de Flahaut parlamentando en Lusigny. Habiendo enfermado el general Langenau vino á reemplazarle el general Ducca, portador de las seguridades y amonestaciones mas pacíficas del emperador Francisco. Efectivamente, el nuevo parlamentario traía encargo de insistir sigilosamente con Mr. Flahaut para que Napoleon no se obstinara en proseguir la guerra, pues la ocasion actual era la última en que podria tratar ventajosamente bajo la influencia de sus postreros triunfos. Excelente era el consejo, si mediante ciertos sacrificios se alcanzara algo mas que las fronteras de 1790, si abandonando, por ejemplo, á Amberes y Bruselas, se pudieran conservar Maguncia y Colonia. Pero si la tal insistencia significaba que para salvar la dinastía era menester abandonar todas las adquisiciones hechas desde 1790 por Francia, siendo el consejo sano en boca de un suegro, para Napoleon no valia nada, y su resolucion de morir, aun á costa de hacer todavía matar muchos miles de hombres, cuadraba mejor á su gloria y á los verdaderos intereses de Francia.

Como era fácil de prever, en las conferencias oficiales declararon Mrs. de Schouvaloff, de Rauch y Ducca, que estaban reunidos para un simple convenio militar; que debian permanecer ajenos á toda estipulacion relativa á lo sustancial de las cosas; que habian recibido instruccion formal de abstenerse de ello, y que, por consi-

guiente, el preámbulo solicitado se resentía de inadmisibile.

No habiendo provocado por parte de Mr. de Flahaut esta declaracion la ruptura de las conferencias, se pasó á discutir la línea de demarcacion. Con arreglo á las miras ya insinuadas propuso el comisionado francés la suya; y los comisionados aliados propusieron la de ellos en conformidad de las resoluciones políticas de sus córtes. Por el Norte querian avanzar hasta Lila; se acomodaban á retroceder algunos pasos en Champaña y Borgoña, admitiendo discusion sobre la posesion de Vitry, de Chaumont, de Langres; pero hacian hincapié respecto de Chambéry, y de esta suerte, á semejanza de Napoleon, reproducian las pretensiones fundamentales de sus córtes por la via indirecta del armisticio. Se disputó y hubo que recurrir á nuevas instrucciones, lo cual debia prolongar la negociacion algunos dias.

Desde luego pudo tener lugar la ruptura, pues lo de que no se entenderian ya estaba en claro, á no sobrevenir nuevos y graves sucesos militares. Pero á ninguna de las dos partes convenia romper de pronto, como que los parlamentos no perjudicaban á una ni á otra, por no suspender las hostilidades, y el príncipe de Schwarzenberg no desconfiaba de que alojasen algo las operaciones de Napoleon de resultas. A su vez Napoleon, bien que determinadísimo á seguir la lucha, sintiendo la necesidad de una paz inmediata, no queria cerrar la nueva via de negociacion que se acababa de abrir á su lado. Siempre estaba á su albedrío cerrarla con una sola palabra, y dejándola abierta, hallaba recurso para un aprieto, y medio de conte-

ner ante un peligro extremado el brazo de los combatientes. Así permitió á su comisionado disputar con los comisionados enemigos acerca de las innumerables sinuosidades de una línea de demarcacion, que arrancando de Amberes iba á parar á Chambéry.

Durante estos dos dias de parlamento, 24 y 25 de febrero, cometió desgraciadamente Napoleon un acto de venganza, doble resultado del cálculo y de la ira.

Al entrar en Troyes fué acometido por el clamoreo de una parte de la poblacion denunciando á algunos sujetos como culpados de pactar con los enemigos mientras residieron en la capital de Champaña. Aunque del régimen imperial estaban cansados ya todos, á la vista del extranjero y ante el nombre de los Borbones, desaparecia esta unanimidad para ceder el puesto á las antiguas divisiones de los partidos. Al levantar cabeza los adictos á la antigua dinastía, despertaban en el corazón de los parciales de la revolucion una cólera natural de sobra, y especialmente al verles pedir el triunfo de su causa á los enemigos de Francia. En Troyes, dos caballeros de San Luis, Mrs. de Vidranges y de Gouault, se pusieron la escarapela blanca y presentaron á Alejandro un memorial en que solicitaban el restablecimiento de los Borbones. Esta era la primera manifestacion de tal especie que los soberanos aliados hallaron en su camino, y Alejandro con un sentimiento de humanidad muy honroso, no dejó de hacer observar á los que se habian atrevido á tanto, que, no existiendo nada mas variable que los movimientos de los ejércitos, alternativamente ex-

puestos al avance ó á la retirada, y que sobre todo no habiendo nada menos decidido que un cambio de dinastía en Francia, se temia que hubiesen cometido una imprudencia que les pudiera ser muy infausta. A pesar de esta observacion la imprudencia quedaba cometida, y los realistas de Troyes nada hicieron por atenuarla. Al revés, hicieron como alarde, y muy valeroso á todas luces, de adornarse con la escarapela blanca.

Aun contando la poblacion de Troyes muchos realistas en su seno, sentíase extraordinariamente irritada contra los que habian simpatizado con el enemigo. Asi cuando Napoleon entró en la ciudad resonaron en sus oídos las denuncias de todas partes. Al oír la relacion de lo acontecido, experimentó un fuerte movimiento de cólera y decretó la prision de los designados como delincuentes. Lejos de apaciguar la reflexion esta cólera, contribuyó mas bien á excitarla. Entonces se sabia la aparicion del conde de Artois en el Franco-Condado, la del duque de Angulema en Guyena, la del duque de Berry en las costas de Bretaña, y podia suceder que levantamientos realistas favorecieran las operaciones de los ejércitos enemigos y hasta fuesen para París de funesto ejemplo. De consiguiente, Napoleon determinó atajar las empresas de los partidos con una medida severa que, cayendo sobre uno ó dos imprudentes, hiciera escarmentar á otros muchos. De fácil prueba era el delito cometido en Troyes, poco dudosa la ley que se le debia aplicar por desgracia, y tan rápido como seguro el instrumento de las comisiones militares, que autorizaba el estado de guerra. Acto continuo mandó Napoleon que fueran presos los acu-

sados y comparecieran ante uno de aquellos tribunales excepcionales. Mr. de Vidranges, uno de los personajes designados, salvóse con la fuga. Mr. de Gouault, anciano de cabellos blancos, comprometido por los otros, no pensó en ponerse á resguardo de persecuciones, y fué preso, juzgado, sentenciado y entregado al brazo militar.

Un hombre excelente, caballerizo del emperador y adherido á su fortuna, Mr. de Mesgrigny, oriundo de Champaña, y afanoso por salvar á paisanos suyos, corrió á echarse á los pies de Napoleon con la familia del reo. Siendo su cólera tan súbita como transitoria, á la vista de los suplicantes, prevaleció dentro de su alma la compasion al cálculo y les dijo:—Pues bien, que se le perdone, si aun es tiempo.—A toda prisa corrieron con el indulto, pero el infeliz viejo ya habia sido fusilado.

Napoleon tuvo un verdadero sentimiento, mas cuando á todas horas caian miles de seres humanos en torno suyo, no era hombre que se parara ante incidentes de tal clase. Su mente infatigable fijóse en el teatro de los inmensos sucesos que le tocaba dirigir y que se sucedian con celeridad prodigiosa. Efectivamente, á la sazón se notaban nuevos movimientos del enemigo, que en su ígneo genio excitaban nuevas y formidables combinaciones.

Sobre Chaumont se habia retirado el principe de Schwarzenberg, dejando en Bar-sur-Aube á los bávaros del mariscal de Wréde, á los rusos del principe de Wittgenstein, y á lo largo del Aube á los wurtembergueses del principe real con el cuerpo austriaco de Giulay. Dentro del mismo

Chaumont tenia las guardias rusa y prusiana, y un cuerpo de granaderos y coraceros perteneciente á las reservas austriacas. Del cuerpo de Coloredo habia destacado una porcion para que por Dijon fuera sobre Lyon en socorro de Buhna. Asi estaban muy disminuidas sus fuerzas, no quedándole mas que noventa mil hombres.

Blucher habia permanecido entre el Sena y el Aube, de Mery á Arcis, con los cuarenta y ocho mil combatientes allegados, esperando impacientemente la señal de la gran batalla, en que se lisonjeaba, no solo de vengar sus recientes humillaciones, sino de encontrar las llaves de París. Cuando se supo en su estado mayor que el generalísimo habia desistido de dar la tal batalla y retrogradado hasta Langres, segun se concibe fácilmente, esta noticia dió margen á un desenfreno inaudito contra los austriacos, contra su debilidad, su doblez y sus segundas intenciones. El contemporizador austriaco, el príncipe de Schwarzenberg, fué tratado al modo que siempre lo son sus semejantes por la raza de los impacientes, y soltóse la especie de que, aun cuando hubiera defeccion en las tropas del padre de Maria Luisa, no por esto se dejaria de ir á París, y se sabia abrir el camino, á pesar de Napoleon, y á pesar de su ejército que se decia victorioso. ¡Tal se lo habian abierto en Montmirail y en Vauchamps que no dejaban de tener por qué mostrarse arrogantes y confiados!

Sin embargo, en estefogoso estado mayor prusiano no existia otra autoridad para obrar que la que se tomaba con desobedecer al rey de Prusia, y aunque siempre duraba la predisposicion á usar de este linaje de autoridad, no habia atrevimiento

bastante para aventurarse sobre París no mas que con cuarenta y ocho mil hombres. Se recurrió al medio de costumbre, dirigiéndose al emperador Alejandro, á quien habia certeza de atraerse con lisonjeras frases, y despachándole dos emisarios á fin de pedirle dos cosas; libertad de movimientos para el ejército de Silesia, y aumento notable de fuerzas, fácil de proporcionar á todas luces. Este aumento podia consistir en la agregacion de los cuerpos de Bulow y de Wintzingerode, uno prusiano y otro ruso, que tras de dejar algunos destacamentos en los Países Bajos para el bloqueo de las plazas, se adelantaban por entre los Ardenes. A la verdad fuerza era quitárselos á Bernadotte que los tenia bajo su mando, mas por aquellos días no dejaban de existir razones contra el príncipe sueco. Se cuestionaba su capacidad, su valor, su lealtad entre los prusianos; se le llamaba militar sin energía, traidor á Europa, que por sí solo ocupaba mas de cien mil hombres para su asunto de Noruega, y exponia así á la coalicion por falta de fuerzas bastantes sobre el punto decisivo. Sin duda Bernadotte habia acabado por marchar sobre el Rhin, haciendo que le precedieran los cuerpos de Bulow y de Wintzingerode; pero, al decir de los prusianos, siempre usaria de sus fuerzas con miras personales, por ejemplo, para ascender á emperador de los franceses, si desde el trono de Suecia podia saltar al de Francia. Despues de que se le quitaran los cincuenta mil hombres de Bulow y de Wintzingerode para confiarlos á Blucher, éste juntaria cien mil combatientes bajo su mando, y trasladándose á espaldas de Napoleon sin demora, conseguiria desvanecer el fan-

tasma, que tenia en Chaumont al principe de Schwarzenberg inmóvil de espanto.

Tal era el lenguaje que los enviados de Blucher debian usar con el emperador Alejandro, bajo la firme inteligencia de que le haria eco, salvo en lo tocante á su protegido Bernadotte.

Alejandro oyó lo que se le dijo con grande satisfaccion y agasajo. Ya desde los reveses de Naugis y de Montereau habian pasado algunos dias, y repuesta su viva imaginacion de las fuertes impresiones experimentadas, inflamóse de nuevo asi que se le mostró la perspectiva de entrar en Paris. Acogiendo las proposiciones de Blucher, promovió un consejo de los aliados, para que fueran discutidas. Este consejo, al cual asistieron los tres soberanos, y además Mrs. de Metternich, de Nesselrode, Hardenberg, Castlereagh, el principe de Schwarzenberg y los principales generales de la coalicion fué sumamente animado. Allí Alejandro atacó el armisticio y el sistema de contemporizacion, persistió sobre la necesidad de impulsar vivamente la guerra, y declaró que por sí estaba pronto á continuarla con su fiel aliado el rey de Prusia, si sus demás aliados le abandonaban en el trance; á lo cual respondió el emperador Francisco preguntando, si no se le colocaba ya entre el número de los aliados con quienes se podia contar de seguro. Tras esto se dieron las manos, y se convino por todos en la necesidad de obrar pronta y vigorosamente, de manera de no dejar respiro alguno al comun enemigo. Con algunas explicaciones se hallaron mas de acuerdo que se habia esperado. De una parte y otra reconocióse que el armisticio no obligaba á nada, puesto que ni aun

suspendia las hostilidades, y que estaba con esmero vedada toda estipulacion que pudiera derogar las proposiciones de Chatillon directa ni indirectamente. Asi no habia mudanza alguna en la situacion de las potencias aliadas. Verdad es que en Chaumont se habian detenido, si bien no mas que por simple prudencia, para estar á alguna distancia de Napoleon cuando se acababan de debilitar por enviar sobre Dijon los socorros considerados como indispensables á Bubna. Por lo demás, la formacion de un ejército poderoso que maniobrara sobre el flanco de Napoleon y le compeliere á perder terreno, se juzgaba providencia muy acertada, si habia manera de llevarla á cabo. De consiguiente, á nadie ocurrieron objeciones contra la libertad de movimientos de Blucher ni contra el refuerzo de su hueste hasta duplicarla, en el caso de ser posible. Solo estribaba la dificultad en privar al celoso y susceptible Bernadotte de dos cuerpos de tropas, que constituian la mejor parte de las fuerzas puestas bajo su mando. Ya habia exhalado quejas y aun proferido amenazas, por parecerle que no se estimaban suficientemente sus servicios, y dejado entrever la posibilidad de meterse bajo su tienda y de cruzarse allí de brazos. Diversas causas le inspiraron esta predisposicion á manifestarse resentido. Austria no habia cesado de proteger á Dinamarca contra Suecia, y en el congreso de Chatillon no se dió entrada á un plenipotenciario de la nacion misma. Respecto de este segundo punto, sin duda se hace memoria que Inglaterra, Prusia, Rusia y Austria, habian recibido poder para tratar en nombre de todos los demás aliados, grandes y pequeños, y realmente el principe Ber-

nadotte no daba con su persona á Suecia la importancia bastante, para que se le concediera el papel de sexta gran potencia. A estas dos causas de descontento se agregaba otra mas activa, aun cuando menos manifiesta. Tanteado el ministro de Inglaterra muchas veces acerca de los proyectos de la coalicion relativamente al trono de Francia, siempre dijo al curioso Bernadotte de plano que las potencias no hacian la guerra para sustituir una dinastia á otra; que las cuestiones de gobierno interior no les atañian de ninguna manera, y que en el caso de que estallara una nueva revolucion en Francia, la dejarian que decidiera sobre su suerte, aunque los ingleses por sí consideraban que á los Bonapartes solo podian reemplazar convenientemente los Borbones. Desde entonces no tuvo limites el enojo del nuevo sueco, que de buena gana tornara á ser francés para reinar sobre Francia, y se manifestaba á todas horas y con motivo de la contrariedad mas leve. No se le temia de ningun modo, pero, sin embargo, un disturbio cualquiera en las cosas de la coalicion al tiempo en que se tenian delante de Napoleon ocupadas las fuerzas todas, no carecia de importancia, y se recelaba que surgieran dificultades al quitar á Bernadotte la porcion mas considerable de su hueste,

No existia mas obstáculo que este recelo, y á pesar de los deseos de Alejandro de complacer al bullicioso Blucher, vacilaba como los demas miembros del consejo, cuando, poniéndose lord Castlereagh en pié y obrando como una especie de providencia que disponia de todo, preguntó á los militares si verdaderamente consideraban la agregacion de los cuerpos de Bulow y de Wintzingerode

al ejército de Silesia como necesaria. Tras de responderle afirmativamente, declaró que se encargaba de allanar todas las dificultades respecto del príncipe real de Suecia. Con esta declaracion cesaron las incertidumbres, y decidióse que á Blucher se incorporaran Bulow y Wintzingerode, y que se pudiera mover entre el Sena y el Marne, de la manera que creyese mas conforme al interés general de las operaciones. Alejandro despidió á los emisarios de Blucher llenos de gozo, no sin exagerar mucho, al referirles lo acontecido, cuanto le debia la parcialidad de los impacientes en la actual coyuntura.

¿Y qué medios tenia lord Castlereagh á su alcance para arreglarlo asi todo por autoridad propia? Lo vamos á decir sucintamente. Ante todo, tenia un espíritu liso y llano que le impulsaba á admitir sin vacilar las cosas necesarias. Además tenia en sus manos el poder de los subsidios, y este era un gran poder en las circunstancias presentes, dado que la Suecia no era bastante rica para pagar sus tropas. Tener ó no tener 25.000.000 de francos, equivalia para Bernadotte á tener ó no tener ejército sueco. Además Suecia, rodeada de la marina inglesa por todas partes, no se podia aventurar á un paso en falso impunemente. Por último, lord Castlereagh poseia el medio de consolar el orgullo del príncipe de Suecia. En Hanover se habia alistado y tomado á sueldo de Inglaterra un cuerpo de alemanes, sacados de los diversos principados sustraídos al yugo de Francia, á las órdenes del general Walmodeny en número de veinte y cinco mil hombres. Bajo el mando del general Graham habia de siete á ocho mil hombres en Ho-

landa. Al propio tiempo se ocupaba en reconstituir el ejército holandés el príncipe de Orange, y ya contaba reunidos de diez á doce mil hombres, que tambien debian entrar á la parte de los subsidios británicos. Sin mas que pronunciar una sola palabra podia lord Castlereagh poner á las órdenes de tal ó cual general estas tropas, y resolvió que las mandara el príncipe de Suecia, quien de esta suerte juntaria bajo su autoridad, fuera de los suecos y de algunos daneses, á quienes se habia arrancado su sumision hacia poco, á alemanes, ingleses y holandeses, incluso el príncipe de Orange. Estos varios mandos le iban á dar en el Norte unos visos de rey de reyes, que serian muy de su agrado, y compensarian las fuerzas de que se le privaba entonces.

Se le comunicaron estas providencias, y expidióse á los cuerpos de Bulow y de Wintzingerode la orden inmediata de ponerse bajo el mando del mariscal Blucher.

Ocasion dió á lord Castlereagh lo acaecido entonces para prestar á la coalicion un servicio no menos insigne que el precedente. Muy al vivo sentíase la necesidad de union entre los aliados, y á cada instante se recelaba que la coalicion actual se disolviera á semejanza de cuantas habian sucumbido bajo la espada de Napoleon durante los últimos veinte años. Todos temblaban ante esta sola idea, pues si cometian la falta de dividirse, el tirano de Europa, segun llamaban al emperador de los franceses, tan prepotente como antes y peor dispuesto que nunca, haria pesar sobre todos los soberanos un yugo ominoso. Aun sintiéndose este recelo hasta el mas alto punto, y á pesar de ser

muy fundado, no dejaba de haber en el campo de los aliados malos dichos y hechos y aun escenas interiores por extremo animadas. Las últimas cartas de Napoleon al emperador Francisco y al príncipe de Schwarzenberg, de las cuales el gabinete austriaco tuvo la habilidad de no hacer misterio, duplicaron las aprensiones, y aunque la fidelidad austriaca no apareciese quebrantada, se quiso estrechar los vínculos de la coalicion todo lo posible, y además convencer á Napoleon de que no lograrían romperlos, ni su profunda astucia, ni su temible espada.

Así lord Castlereagh discurría un medio ruidoso de consagrar y de proclamar una vez mas la union de las potencias aliadas. Para esto se ofrecia una ocasion tan natural como oportuna con la conclusion de los nuevos arreglos rentísticos solicitados por las tres potencias continentales, desde que determinaron llevar á otro lado del Rin la guerra, y para cuyo objeto fué enviado el conde Pozzo á Londres. Con motivo de estos arreglos podian ligarse unos á otros mas íntimamente que antes, estipular con qué miras, por cuánto tiempo y en qué proporcion contribuiria cada cual á la comun lucha, y aun terminada ésta, qué linaje de alianza se formaria para mantener sus resultados. Con tales bases concibió lord Castlereagh é hizo extender un nuevo tratado, y resolvióse á proponerlo á la firma de las córtes aliadas. Además del objeto general de cimentar la union de las potencias, tenia este tratado un objeto peculiar de Inglaterra, y se enderezaba á dar á su papel continental mayor ensanche, y á proporcionarse así el medio seguro de conseguir que prevalecie-

ran las diversas creaciones en que ponía tanto empeño.

Al cabo ideó lord Castlereagh una alianza solemne entre Inglaterra, Rusia, Austria y Prusia, por la que se comprometía cada una de estas potencias á suministrar un contingente perenne de ciento cincuenta mil hombres hasta que la guerra actual terminara en conformidad de sus deseos. Estos seiscientos mil hombres, que el concurso de cada potencia debía poner á disposicion de la liga, eran independientes de los que se exigirían á las potencias secundarias, de cuyo modo se elevaría la totalidad á ochocientos mil soldados. Sin embargo, no pudiendo Inglaterra suministrar ciento cincuenta mil hombres de sus propias tropas, se obligaba á darlos en tropas á su sueldo. Ya tenía cerca de cien mil hombres en España, incluyendo los ingleses, los portugueses y los españoles, y con los hanoverianos, los alemanes de todas procedencias y los holandeses le era fácil juntar otro contingente de cincuenta mil soldados.

De esta suerte, fuera de su papel marítimo, ejercía Inglaterra un papel continental casi igual al de cada una de las tres grandes potencias del continente. Aun podía añadir otra influencia que no era dado tener á otra alguna, la de la riqueza, y lord Castlereagh tomó sobre sí la oferta de un subsidio anual de 6.000.000 de libras esterlinas por toda la duración de la guerra, para distribuirlo por terceras partes entre Rusia, Prusia y Austria. Por tanto Inglaterra prestaba un doble concurso á la comun obra, y aun triple contando su marina, que le debía dar una superioridad decisiva ante todas las demás potencias, asegurándola

de que los arreglos de la futura paz no tendrían otra base que sus deseos.

Mediante estas estipulaciones se debían prometer unos á otros no dar oídos en particular á proposicion alguna, y no tratar sino en comun contra el comun enemigo y á tenor de bases acordadas por todos. Anhelando además lord Castlereagh proveer á lo porvenir y encadenar á las potencias á la obra á que dieran remate, concibió el pensamiento de ligarlas por veinte años á contar desde la paz cercana. En su virtud, cada una tendría, despues de acabada la guerra, sesenta mil hombres (doscientos cuarenta mil entre todos) á disposicion de aquel de los aliados que se viera combatido por Francia, si concluida la paz renovaba las agresiones contra sus vecinos. De este modo se afianzaba la existencia de los dos reinos, cuya creacion deseaba Inglaterra con ardor sumo, el de los Países Bajos, por el cual nos quitaba á Amberes, y el del Piamonte por el cual nos quitaba á Génova.

Otra idea empezaba á germinar entre los diplomáticos de la coalicion, y consistía en dar posesiones á la orilla izquierda del Rhin, no solo á la casa de Orange, sino tambien á Prusia, con el fin de ponerla en estado perpétuo de celos respecto de Francia. Esta idea habia cruzado por la mente de Mr. Pitt desde 1805, y prohijada luego por lord Castlereagh parecia un importante accesorio del nuevo reino que se pretendía crear por virtud de la reunion de Bélgica y Holanda. Sobre ser grata la tal combinacion á Prusia á pesar de que la comprometía respecto de nosotros, no era natural que hallara contradiccion grande, pues



destruía a Francia, y encerrarla dentro de un círculo de hierro después de haberla destruido, constituía a la sazón el voto, la esperanza y el júbilo de todo el mundo. Pero también daba margen a que exigiera cada cual la satisfacción de sus intereses particulares. Así Rusia, por ejemplo, en galardón de los arreglos a que iba a prestarse, pedía que Holanda la relevase del pago de los empréstitos, que en Amsterdam había contratado. Inglaterra, según ya se ha visto, para completar su obra, quería que se casara la princesa Carlota heredera de la corona, con el hijo del príncipe de Orange, y colocar en cierto modo bajo un mismo cetro, además de los tres reinos británicos, la nueva monarquía de los Países Bajos.

Al imponer a Inglaterra el nuevo tratado cargas enormes, le proporcionaba tales ventajas que el atrevido ministro no vaciló en proponerlo y en mirarlo como su esencial obra. De consiguiente, lord Castlereagh presentó el proyecto a las potencias, con las cuales regía los asuntos de Europa.

A todos los contratantes convenia proclamar una nueva alianza por toda la duración de la guerra, y vigente aun veinte años después de terminada, para mantener el nuevo edificio europeo que se hubiera erigido, pues no se cesaba de recelar que tras de celebrada la paz se lanzara Francia a nuevas empresas. Así las proposiciones de lord Castlereagh fueron acogidas y firmadas en Chaumont el 1.º de marzo. Este famoso tratado de Chaumont sirvió de fundamento a la Santa Alianza y de norma a la política europea durante cerca de cuarenta años, hasta que Europa se ha persuadido

de que para el equilibrio general existían peligros serios en otra parte que en Francia.

Suscrito fué el tratado éste en medio del júbilo de los contratantes, satisfechísimos de estar sólidamente ligados y ampliamente subvencionados, excepto Austria a pesar de todo, pues al ver en la nueva alianza preciosas garantías contra las empresas de Francia en Italia, no veía tantas contra las pretensiones de Rusia en Polonia y en Oriente. Lord Castlereagh no limitó a esto sus trabajos; antes bien propuso é hizo adoptar la resolución de perseverar todavía algún tiempo negociando en Chatillon, aunque tiempo limitado. Se había ofrecido la paz a Napoleon, bajo condicion de la vuelta de Francia a sus limites antiguos, y para ser consecuentes habia que tratar con su persona, si se resignaba a lo impuesto. A mayor abundamiento las estipulaciones de Chaumont, dando a la coalicion la duración de veinte años, tranquilizaban contra las tentativas que pudiera hacer en lo porvenir para recuperar sus antiguas conquistas. Pero, si proseguia las negociaciones con el designio evidente de entretener a las potencias aliadas y burlarse de ellas, se le debia fijar un plazo, a cuya expiracion se declararan las negociaciones rotas, y se publicara la resolución definitiva de no tener relaciones con Napoleon ya nunca, lo cual equivaldria a una destitucion pronunciada por Europa. Hasta entonces no se debia tolerar nada contrario a su dinastía, y el conde de Artois en el Franco-Condado y el duque de Angulema en Guyena continuarian alejados de los cuarteles generales de las potencias beligerantes.

Tan perfectamente calculadas estaban tales